

ESCENA XVIII

RUY LÓPEZ Y DON ÁLVARO.

- RUY. ¡Ah! don Alvaro, escuchad i, que en vos á su majestad la salida reñiré. Sin vos el Rey no salia; sale por salir los dos; por si miraba sin vos: tal es vuestra compañía. La salud y autoridad andando de noche pierde, y es menester que se acuerde de las dos su majestad. Y así, aunque vos no sois viejo, sois hombre ya de razón, y tenéis obligación de darle el mejor consejo. Nieto de ilustres abuelos nacisteis; ¿quién os iguala? norabuena ó noramala no causéis estos desvelos. Al Rey seguir é imitar es bien á vuestro linaje, que, aunque ya barbáis, sois paje, y os mandaré castigar. (Vase.)
- D. ALV. Cuando tal oigo decir, ¿tengo yo mudos mis labios? Del Rey son estos agravios; por él los pienso sufrir.

ESCENA XIX

EI REY Y DON ÁLVARO.

- REY. Alvaro, ¿qué es esto?
- D. ALV. Enojos de Ruy López. Me ha reñido, porque de noche has salido: hame quebrado los ojos con tus injurias aquí.
- REY. ¿Cuántas fueron?
- D. ALV. Cinco ó seis.
- REY. Tantos estados tendréis como sufristeis por mí, baldones del Condestable, que he de ser agradecido, pues con vos, Alvaro, ha sido mi voluntad tan notable.
- D. ALV. Hacerme de nuevo puedes; y si yo ambicioso fuera, más agravios pretendiera habiendo de ser mercedes.

ESCENA XX

DICHOS Y JUAN GARCÍA, criado de Ruy López.

- GARCÍA. (Ap.) (Perdone si soy tirano, el Condestable imprudente, pues me dijo claramente que soy un hombre villano.) ¿Es vuestra alteza? (Al Rey.)
- REY. ¿Quién es?
- GARCÍA. Criado del Condestable. Permitid, señor, que os hable.

1. En el ms. «esperado».

- REY. Levantad.
- GARCÍA. Beso tus pies. A la Reina, mi señora di cuenta de una traición, y he sentido obligación de darla á mi Rey ahora. El Condestable ha enviado...
- REY. Mirad bien lo que decís.
- GARCÍA. A su hijo don Luís, que es de Murcia adelantado, un correo en que le manda que al rey de Granada entregue á Lorca, y antes que llegue con esta injusta demanda, vendrá á Madrid el correo, porque ya han ido por él. Vedme después.
- REY. (Aparte.) Muy cruel ando en esto; ya lo veo: ciego me traen mis antojos. (Vase.)
- REY. Pues veré las cartas presto, suspendo el crédito en esto.

ESCENA XXI

EI REY, DON ÁLVARO Y RUY LÓPEZ.

- RUY. No hace provecho á los ojos mi Rey, aqueste sereno.
- REY. Si á los ojos hace mal, no á la majestad real con que traiciones condeno; destas está el pecho lleno de un hombre que habiendo sido tan leal, ha pretendido á la vejez desdorar su buena fama y mostrar que es traidor y mal nacido. ¿De qué sirven los blasones que en la guerra habéis ganado, si tan mala cuenta han dado vuestras locas ambiciones? De las alevés traiciones que en vos descubro esta vez testigo soy y soy juez. ¿No fuera mucho mejor morir mozo, que el honor ultrajar á la vejez? Gracias á la noche doy por los bienes que me ha hecho: por ella, de vuestro pecho conocí la maldad hoy. Ahora sí que Rey soy, pues conozco la engañosa fe que en vuestra alma reposa. traición que el pecho os abrasa: no salgáis de vuestra casa hasta que os mande otra cosa.
- RUY. Mudo obedezco, señor, y no quiero disputar si me lo podéis mandar siendo yo Gobernador. Deme Dios, deme un dolor tan excesivo y tan fuerte que no se acabe, y de suerte se atormenten mis sentidos, que en ellos estén vencidos los asombros de la muerte. (Vase.)

ESCENA XXII

EI REY Y DON ÁLVARO.

- D. ALV. Turbar hacen tus enojos, como alientan tus mercedes. Topando con las paredes ya Ruy López. A los ojos les falta luz.
- REY. Los despojos son que la traición ha dado; que siempre turba el pecado, y así no es mucho que ciegoe el que á tal bajeza llegue.
- D. ALV. Sucesos son de envidiado; él no ha hecho acción liviana; pienso que has de arrepentirte.
- REY. Alvaro.
- D. ALV. Señor.
- REY. Ceñirte quiero la espada mañana. Darte ha la espuela mi hermana. Beso tus pies.
- D. ALV. Gentil hombre de mi cámara, se nombre ya don Alvaro de Luna, que de su grande fortuna quiero que el mundo se asombre. (Vase.)

ESCENA XXIII

RUY LÓPEZ.

¡Hola! criados; García: ¿aún no hay luces en mi cuarto? Sombras y figuras son de las desdichas que paso. Reventando estoy ¿qué es esto? Etnas en el alma traigo; aun mi vestido me cansa, mas ¡qué mucho, si me abraso! ¿Palabras de un niño rey pesan tanto, pueden tanto, que mi valor atropellan? ¿Fueron palabras ó rayos? ¿Yo sin honra, yo traidor, y yo mala cuenta he dado de mi honor á la vejez? ¿cómo, ó por qué; dónde, ó cuándo? ¡Ah, cielos! ¿este rigor me guardáis? Así diez años antes me hubiera muerto, dichoso fuera y honrado. ¡Que siendo amable la vida, á mi sólo me haga daño! ¿qué mucho, si era forzoso que naciese desdichado?

ESCENA XXIV

Dicho; y salen EI REY Y DON ÁLVARO.

- D. ALV. Voces da sin luz y á oscuras.
- REY. No parece gente; oigamos.
- RUY. Niño rey, ¿eres gigante? ¿Cómo de ti está temblando quien ejércitos de moros venció en andaluces campos?

¡Ah, fortuna! ¿de qué sirve que en estos siglos pasados me dieses honra y riquezas, si de un golpe me has quitado el honor á la vejez, cuando suelen los ancianos tener ya su honor seguro y vencidos los naufragios de la juventud ociosa? Bien dicen que el hombre es árbol: hojas y flores produce; su belleza son los ramos, sus riquezas son las flores, compitiendo con los rayos del Sol y los arboles de las nubes del ocaso en colores y hermosura. Sopla el cierzo, sopla el austro, y antes de llegar el fruto, pimpollos verdes y blancos derriban en la campaña verdes blasones de Mayo. ¡Ay, honor! ¡ay, vejez mial ¡ay, hijos ausentes, tanto, que ya verme no podréis! líneas de la muerte paso.— Rey de Castilla, yo llevo al tribunal recto y santo de tu justicia; ¿por qué me has hecho tales agravios, que traidor me llamas? Yo honrosos timbres he dado á las armas de Castilla con esta espada, este brazo; seis batallas he vencido y serví treinta y dos años á tu padre y á tu abuelo; con amor de padre y ayo te crié, tu bien deseo: ¿en qué te ofendí? ¿qué hago?— «Ruy López, á mí me ha dicho, que sois traidor, y me espanto que deis vos tan mala cuenta.»— Rey mío, mirad que engaños padece el hombre, y la envidia á veces suele cansarlos.— «Ya Ruy López he creído lo que me han dicho, y no hallo disculpa á vuestros errores; estad preso, retiraos.»— Pues apelo al Tribunal de Dios, que es Rey soberano.— Señor, yo vengo á juicio; leal soy al castellano monarca, bien lo sabéis; ¿por qué sufro este trabajo?— «Ruy López...— Señor, ya tiemblo, Rey eterno, de escucharos— ¡Ojalá hubieras servido á mi Madre y á mis santos como al Rey: tú fueras bueno, como el mundo te ha llamado!— Señor, si los corazones veis vos solo, y los humanos reyes no los pueden ver, sólo á vos, Rey justo y santo, servir debemos los hombres.»

D. ALV. Lástima da el escucharlo,
 REY. Pienso que no tiene culpa.
 D. ALV. Gente baja con luz.
 REY. Vamos. (Vanse.)
 RUY. ¿Con quién me consolaré,
 sin mis hijos y criados?
 ¡Ah, Juan García! ¡ah, hijo mío!
 contigo sólo descanso;
 ¿Dónde estás que me consueles?

ESCENA XXV

RUY LÓPEZ y HERRERA, con una luz.

HERRERA. Señor, esta luz te traigo
 con recelo de enojarte,
 triste de haberte escuchado.
 Si yo fuera tan dichoso
 que, como prudente y sabio,
 te sirviera y agradara,
 me echara á tus pies, rogando
 que me dijeras qué tienes.
 RUY. Herrera, desdichas paso.
 García, quizá por verte,
 á consolarme no ha entrado.
 Vete allá fuera, ¡Ah, García!
 (Vase retirando Herrera.)
 Hijo, mira que te llamo;
 el ánimo desfallece;
 ¿cómo ó por qué me desmayo?
 Tengamos valor, conciencia,
 pues que seguros estamos.
 Mas ¿qué valor puede haber,
 si en la honra me ha tocado
 un rey de España? ¡Ah, García,
 hijo... ¿para qué te llamo?¹
 (Vase.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

HERRERA y OTRO, de camino.

HERRERA.

Pues llegas á Madrid hoy, de Sevilla,
 escucha, Garcerán, las novedades
 de este imperio español y desta villa;
 metrópoli y dosel de majestades.
 Del segundo don Juan, rey de Castilla,
 que del Fénix alcance las edades,
 ayer se coronó la heroica frente,
 ya sea con los rayos del Oriente.
 Quererte yo decir la diferencia
 famosa de aparato, gente y galas,
 sin retórica griega ni elocuencia,
 éra pedir á Dédalo sus alas.
 Excedió la católica prudencia
 las fábulas de Júpiter y Palas,
 y la historia, de espanto y gloria llena,
 en metro está escribiendo Juan de Mena.
 Ruy López no lo vió, mi ilustre dueño;
 en su casa le tienen retirado;
 asombro de Castilla, y no pequeño;
 mas ¿qué ilustre varón no es envidiado?

¹ En el ms.: «hijo: mira que te llamo.»

Aquel valor altivo y zahareño
 con que tuvo este reino alborotado
 el Infante, ha cesado, y preso viene:
 que la soberbia humana, este fin tiene.
 Ese concurso popular que miras,
 ese tropel confuso de la gente
 que en esa plaza ves y mudo admiras,
 una justa es Real y acción valiente.
 ¡Oh, aragonés bizarro! en ella aspiras
 á eternizar tu nombre eternamente.
 Manténala don Alvaro de Luna,
 mancebo á quien aplaude la fortuna.

Mas ¿qué rumor es este tan violento?
 Alguna novedad ha sucedido.
 El Rey deciendo aprisa de su asiento:
 don Alvaro cayó: ¿si estará herido?
 Con lástima común y sentimiento
 el pueblo se alteró, que es bien querido.
 Con lágrimas el Rey á verle sale:
 ¡oh! cuánto la virtud de un hombre vale.

ESCENA II

DICHOS, y sacan á DON ÁLVARO desmayado entre dos;
 el REY, PABLILLOS y gente desarmándose.

REY. ¿Está muerto?
 PABLILL. No, señor.
 REY. Buenas albricias te mando.
 Ilde las armas quitando,
 no le atormente el calor.
 Don Alvaro, vuelve en ti;
 advierte que esa caída,
 si da peligro á tu vida,
 me ha de dar la muerte á mi.
 Nunca yo me coronara
 si me había de costar
 tal disgusto, tal pesar;
 nunca yo á ser Rey llegara,
 pues no hay reino, no hay blasón
 mayor al que quiere bien,
 que estar gozando de quien
 es dueño de su afición.
 Si con mi pena te obligo,
 esta afición galardona,
 que no quiero la corona
 si he de perder tal amigo.
 PABLILL. Alguna vieja bellaca
 de mal ojo le miró;
 porque aquella que llegó
 á cuarenta, no se saca
 los ojos por no matar.
 Si yo algún poder tuviera,
 cuervo de las viejas fuera,
 y aprendieran á rezar:
 viejas, ni vivan ni beban.
 REY. Sus pulsos sin fuerza están.
 ¡Ah, señor de Montalbán!
 ¡Ah, marqués de Santisteban!
 ¡Ah, duque de Atienza! ¡ah, conde
 famoso de Santorcaz!
 ¿Oís, duque de Gormaz?—
 Muerto es, pues que no responde.
 PABLILL. Si es discreto y socarrón,
 aunque oiga ha de estar callando,
 porque le vayas llamando
 con más títulos, que son

pistos de sazón gustosa
 que le volverán la vida.—
 Yo vi estar amortecida
 una dama melindrosa,
 porque comprado no había
 cierto coche su marido;
 y él, llegándose al oído,
 salmos en vano decía.
 Quité al marido de allí
 más triste que oscura noche;
 llegué y dije: «coche, coche»,
 y al momento volvió en sí.
 ¿Amigo, amigo...?¹
 REY. Señor,
 D. ALV. ¿con ese nombre queréis
 darme vida?
 PABLILL. (Ap.) Ojos ¡qué veis!
 ¿esta es lástima ó es amor?
 REY. Castigo debió de ser,
 que inobedientes contrasta;
 pues diciéndote yo, «basta»,
 volver quisiste á correr.
 D. ALV. Ejemplo fué mi caída
 de que, aun en burlas, es ley
 que la palabra del Rey
 sea siempre obedecida.
 Si la vida ó muerte das
 con mandarlo desafortuna,
 yo aprenderé á obedecerte
 sin replicarte jamás.
 REY. Sangrese ahora que empieza
 á alentar con priesa tanta.
 PABLILL. (Ap.) Su mucha afición espanta.
 D. ALV. Los pies beso á vuestra alteza. (Vase.)
 PABLILL. Luego bien dice á ese intento
 un doctor moderno que hay,
 que en soñando uno que cay,
 ha de sangrarse al momento.

ESCENA III

EL REY, PABLILLOS, UN CRIADO y luego un ALCALDE.

CRIADO. Un alcalde quiere ver
 á tu majestad.
 PABLILL. ¿Alcalde?
 No ha venido acá de balde:
 huid, que os querrá prender.
 REY. Entre y despejad.
 PABLILL. Despejo,
 y entre.
 ALCALD. Como me mandaste,
 tengo, señor, secretados
 los bienes del Condestable.
 Ya trujeron el correo,
 porque le alcanzaron antes
 que entrase en Murcia. Estas cartas
 son los despachos y el parte
 que llevó.
 REY. ¡Válgame Dios!
 ¿con qué temores las abre
 la mano, que ya en el pecho
 mil temores me repartel
 Carta, si no eres leal,

¹ En el original falta uno de los «amigos»; pero consta en el manuscrito.

flecha serás penetrante,
 tocada en yerba crüel,
 que el corazón me traspase.
 Mas ¿cómo es posible, cielos,
 que en aquellas canas falte
 la generosa lealtad,
 timbre de su ilustre sangre?
 Temerosamente leo.
 ¡Plega al cielo que no halle
 en vez de tinta, veneno,
 y en vez de letras, un áspid!
 ALCALD. (Ap.) ¡Piadoso se muestra el Rey!
 Dios muchos años le guarde.
 ¡Qué tristemente que lee!
 Miedo me ha dado el mirarle.
 REY. (Ap.) Esto es hecho. ¡A Dios pluguiera
 que palabras semejantes
 leer no hubiera podido!
 ¿Hay mayor traición? Alcalde.
 ALCALD. Señor.
 REY. Para hacer justicia
 os doy mi poder bastante.
 Toma esas cartas y haced
 lo que importa á casos tales.
 Id luego á reconocer
 la casa del Condestable;
 ponelde guardas en ella.
 ALCALD. ¿Y al correo?
 REY. Ese soltalde,
 que sin duda está inocente;
 que si llevaba el mensaje
 sin saber á lo que iba,
 ¿qué culpa tiene? ¡Ah, mudable
 Ruy López, que á tu vejez
 tales afrentas buscaste!

ESCENA IV

EL REY, y DON ÁLVARO con banda.

D. ALV. Señor, á pedir me envía
 en su prisión el Infante
 que le vea y que te pida
 licencia.
 REY. ¿Ya te sangraste?
 D. ALV. Sí, señor.
 REY. ¿Cómo te sientes?
 D. ALV. Mejor.
 REY. Visítale.
 D. ALV. Dásme
 mil favores. Tus pies beso.
 Pero, señor, tu semblante
 muestra tristeza; ¿qué tienes?
 REY. Alvaro, que son verdades
 las sospechas de Ruy López.
 D. ALV. Señor, envidiosos hacen,
 tal vez, aparentes culpas.
 ¡Cuántos pequeños y grandes
 han padecido sin culpa!
 ¿Aquellas canas y sangre
 tan ilustres, aquel hombre
 que á tu abuelo y á tu sangre
 sirvió tanto, puede ser
 traidor?
 REY. Tu verdad le ampare.
 (Vase el Rey.)

ESCENA V

DON ÁLVARO.

Corazón, temamos esto; sirvanos de ejemplo grave la desdicha de Ruy López. Mas el mismo Condestable, «obrar bien es lo que importa» dijo una vez; semejante es mi parecer. Fortuna, ó ya firme, ó ya constante, obremos bien y subamos: yo he de poner de mi parte obrar bien; tú, de la tuya, haz aquello que gustares. (Vase.)

ESCENA VI

RUY LÓPEZ y GARCÍA.

RUY. Si mi descanso deseas, al paso que te he querido, ¿es bien que estando afligido, ni me hables ni me veas? Si con la ausencia me aflijo de mis hijos, ¿cómo así, viéndolos todos en ti, (que amor te ha hecho mi hijo) te has retirado de verme? Ya sé que pena te doy en el estado en que estoy; bien sé que tu amor no duerme, que mi mal le ha despertado; pero en el varón constante no ha de mostrar el semblante la fatiga ni el cuidado.

Ten paciencia, pues que sabes mi inocencia y mi verdad; no te admire la crueldad, porque en los sucesos graves se ve el ánimo leal: mira Juan lo que te estimo, que yo soy el que te animo á que no sientas mi mal. Mas ¿qué mucho, si lo sientes más que yo, que yo te anime, y que tu presencia estime? Ea, rapaz, no te ausentes, ni te alejes más de aquí; que el verte me ha consolado, y teniéndote á mi lado lluevan desdichas en mí.

GARCÍA. ¿Un villano te consuela, y es tu hijo?

RUY. Calla, necio: no fué el decillo desprecio de tu honrada parentela; que espero en Dios que has de ser cabeza de un gran linaje, como la envidia no ultraje mi verdad y mi poder.

GARCÍA. ¿Y puede vivir con gozo quien ve así á vuesañoría?

RUY. Sí, mañana es otro día. (Ap.) ¡Lo que me quiere este mozol! Cuando mis bienes y males secretaron escondí

cierto cofrecillo allí: traele acá y dará señales y muestras mi grande amor de la afición que te debo; aunque contigo no es nuevo ser liberal tu señor.

(Saca García un cofrecillo.)

Toma esta joya, García; quizá será la postrera que he de darte. ¡Ay, si la viera mi hija doña María, no la olvidara jamás! Estimála tú, y así culpa á los hados, no á mi si ya no te diere más.

GARCÍA. Mi señor, merced es esa que agradezco; excede y pasa...

ESCENA VII

DICHOS y un CRIADO, luego un ALCALDE.

CRIADO. Un alcalde ha entrado en casa.
RUY. Vuélvele á esconder aprisa.

(Esconde García el cofre, y sale el Alcalde.)

ALCALD. Dios guarde á vuesañoría.
RUY. Señor alcalde, en buen hora á esta casa venga.

GARCÍA. (Ap.) Agora ha de conocer que es mía la causa de su prisión. Retirarme me conviene, que, aunque es viejo, valor tiene y le ayuda la razón.

ALCALD. (A García.) Dejados solos.

GARCÍA. Si haré. (Vase.)

ESCENA VIII

RUY LÓPEZ, y el ALCALDE. Luego un CRIADO.

ALCALD. Vuesañoría dé licencia para cierta diligencia.

RUY. No es menester que la dé; ya la dió el Rey, mi señor, dueño feliz de Castilla.

(Quiérese el Alcalde sentar en la silla del dosel y vata á volver.)

Señor alcalde, esa silla es una silla de honor; mi casa la reservó; no la vuelva, ni use della. Reyes se han sentado en ella, pero ricos hombres no; cuanto y más hidalgos. Hola: traed en que esté sentado aquí el señor licenciado.

ALCALD. (Ap.) La vanidad española murmuran los extranjerros. ¡En qué punto se entremete!

(Sale un Criado con un taburete.)

CRIADO. Aquí está ya un taburete.

ALCALD. Ministros y caballeros estimados han de ser de un modo y sin excesión; padres de la patria son. Señor Condestable, ayer

érades, por hado incierto, Gobernador de Castilla, ni me dábades la silla, ni yo os hablaba cubierto, Trocó fortuna esta vez el tiempo, como mudable; ya soy más que Condestable, pues que soy vuestro jüez. La diferencia de asiento no es justo; otro mando es hoy: no soy alcalde, rey soy, pues su poder represento.

RUY. Tanto respeto este nombre, que me confieso rendido. Mucha razón ha tenido; que el que es justicia no es hombre como los demás, rey es ó imagen suya, y así quita ese sientto de ahí, que ya quiero que le des aquella silla, y concluya, pues sus acciones son leyes; y donde se sientan reyes siéntese la imagen suya.

ALCALD. La prudencia y cortesia son, sin poderlo encubrir, diamantes que han de lucir. Dígame vuesañoría qué enemigos tiene.

RUY. ¿Yo? Ningunos puedo tener, porque jamás mi poder á los ricos se atrevió, ni á los pobres; ¿pues á quién? Siempre recto y siempre igual, á los unos no hice mal, y á los otros hice bien.

Que el hombre de bien, el día que agradando al enemigo le ganó para su amigo, hizo rica granjería.

El ejemplo en Dios se ve, si esto manda hacer mayor, cuando gana un pecador que antes su enemigo fué.

ALCALD. No conocerlo podría dañar en esta ocasión.

¿Cuyas estas firmas son?

Una y otra es firma mía.

RUY. Reconozca bien.

No crea que las tengo de negar volviéndolas á mirar; ambas son mis firmas.

ALCALD. (Dándole los pliegos.) Lea.

RUY. (Lee.) «Hijo don Luis: luego que vieris esta, entregad la ciudad de Lorca al rey de Granada, y sea de suerte que se entienda que se perdió acaso y no la entregásteis.»

¡Válgame Dios! ¿Cómo acierto á decir tales razones,

y leyendo estos renglones en piedra no me convierto?

¿Cómo no me caigo muerto mirando á visión tan fea?

¡Que haya un hombre que esto vea,

y que pueda estar así! ¡Que me llamen bueno á mí, y vivo esta carta leal—

Ruy Lopez, ¿con el veneno destas razones vivís?

Mentís, Ruy López, mentís, ni sois Avalos, ni el Bueno.

¿Para cuándo guarda un trueno con un relámpago fuerte el vapor que se convierte en nube luna de Mayo?

¿Para cuándo guarda un rayo...?

¡Agora, agora la muerte!

(Lee el otro pliego.) «Poderoso rey de Granada: para cumplir con vuestra majestad, he escrito al adelantado de Murcia, mi hijo, que os entregue á Lorca. Harálo al punto, y cumpla vuestra majestad lo que ha prometido.»

Si haber no puede otro mal tan espantoso y tan fiero, y con éste mal no muero, debo de ser inmortal.

¿Qué demonio escribió tal?

¿Es acción de Juan García?

¿Cómo, si la culpa es mía,

á Cristo parezco yo,

que, siendo Dios, le vendió el que en su plato comía?

¿Como no es mi corazón vengativo ni cruel?

Más me ha pesado por él que por mí de su traición.

Estas las fábulas son del villano que vió helado el áspid, y le ha abrigado para su mal en el pecho:

áspid fué, lo mismo ha hecho;

áspid fué, mas no pisado.—

Muévate tanto dolor, García, di la verdad:

pero ¿cuándo hubo piedad en el pecho de un traidor?

¿Así se paga un amor?

¡Ah, cielos! Tomad ahí cartas que yo no escribí,

cartas que yo he de llorar,

cartas que me han de costar la vida y honra: ¡ay de mí!

ALCALD. Cuando entraba vi esconder mesa ó escritorio allí.

Perdonad, señor, que así mi oficio debo hacer.

(Ap.) (Sus joyas deben de ser.)

(Vase el Alcalde.)

ESCENA IX

RUY.

¿Cuándo hallará el alma mía consuelo en tanta agonía?

Dentro de mí me he perdido.—

García, ¿en qué te he ofendido?

¿Qué mal te he hecho, García?

¡Oh, quién al traidor cogiera

y la vida le acabara!
¡Oh, villano!
¿Esto dije? No lo hiciera:
que el azote á Dios quitara,
de su mano.
No en balde fué mi enemigo:
Dios castiga mi pecado.
Instrumento
fué el traidor de mi castigo;
aplaque á Dios enojado
mi tormento.
Yo vine en mi juventud
con mi capa y con mi espada
á palacio;
dióme dicha la virtud,
subí á gran señor de nada,
bien despacio.
Cuarenta años he vivido
con dicha y honra infinita,
y aunque apriesa,
destas pompas he caído,
si Dios las da y las quita,
no me pesa.
Al ataúd y á la cuna
una misma forma dimos:
nuestra muerte
fué línea de la fortuna:
¡qué mucho! Todos nacimos
de una suerte.

ESCENA X

RUY LÓPEZ y HERRERA.

HERRERA. Aunque no quieras, señor,
he de arrojarme á tus pies;
perdone esta vez mi enojo,
y mi respeto también.
Cuando á un hombre como tú
llegan, señor, á prender,
¡bien fundada está la culpa!
¡bien informado está el Rey!
Bien sé que tu gran virtud
en Castilla un fénix es;
bien sé que eres inculpable,
tu virtud y tu honor sé;
mas si envidiosos han hecho
que zozobre tu bajel
en las Indias de palacio,
salvar las vidas es bien.
Huye, que el rey de Aragón
dará amparo á tu vejez;
tu inocencia será sol,
nubes deshará después.

RUY. Herrera ¿tal me aconsejas?
pues si yo me ausento ¿quién
volverá por mi honra?

HERRERA. Yo,
que tu esclavo pienso ser.
Mi hacienda vendí, señor,
cuando secrestar miré
la tuya. Diez mil escudos
tengo ahora en mi poder
en una cama escondidos;
lleva para ti los seis
á Aragón; ya van delante.
Con los cuatro pleitearé

hasta defender tu honra,
y Castilla ha de saber
que Ruy López es leal.
RUY. Y que tú lo eres también.
¡Ay, hijo del alma mial
ya conozco que pequé,
no contra el Rey, contra ti;
pues á un villano crüel
quise más.

HERRERA. Un buen caballo,
fuerte de manos y pies,
te está aguardando; camina.

RUY. ¡Qué mal me puedo mover!
Como no estoy enseñado
á huir...

HERRERA. Pues yo seré
Eneas de un nuevo Anquises.

RUY. ¡Ah, doctísimo marqués
de Villenal bien dijiste;
los dos ejemplos se ven
de traición y lealtad.
Páguete Dios tanto bien. (Vanse.)

ESCENA XI

El REY DON JUAN y DON ÁLVARO.

D. ALV. Vi al Infante, y aunque espera
que venga el Rey de Aragón
á sacarle de prisión
con guerra ó paz, no quisiera
la libertad de ese modo;
sólo servirme pretende.
De tu aliento y voz depende;
ya está arrepentido, y todo
se rinde á tu voluntad
para que su dueño seas.
Señor, si quietud deseas,
cásele tu majestad;
cásese ya norabuena
con la Infanta, mi señora,
cuyo dote será agora
el estado de Villena.

REY. ¿Qué rodea tu quimera?
Álvaro, ¿no has conocido
que es el Infante atrevido?
Y aunque casado pudiera
sosegar de su valor
el ímpetu fervoroso,
siendo de la Infanta esposo
temo que ha de ser peor.

D. ALV. No te quiero responder.
La mano te beso y callo:
la obediencia del vasallo
es callar y obedecer.

ESCENA XII

DICHOS, y PABLILLOS con el cofrecillo.

PABLILL. ¿Qué joyas son las que tiene
un cofrecillo cerrado,
que con él me habéis cargado?

REY. ¿Viene la Infanta?

PABLILL. Ya viene.

REY. Ruy López las recataba:
sin duda que joyas son
de estima.

D. ALV. (Aparte.) ¡Que á tal varón
fortuna este fin guardabal!
¿Has visto lo que hay en él?
REY. Agora lo romperán
y lo veremos.
D. ALV. (Aparte.) (Ya están
sus riquezas contra él.)

ESCENA XIII

DICHOS, la INFANTA, DOÑA ELVIRA é INÉS.

INFANTA. Vengo con gran compasión.
Pésame de haber sabido
que el Condestable se ha ido.
REY. ¿A dónde?

INFANTA. Diz que á Aragón.

D. ALV. ¡Aquel viejo venerable
culpado en esto se ve!

REY. Si el Condestable se fué
¿quién será mi Condestable?

PABLILL. Yo, señor.

REY. Ya de un tirano
que me quería vender,
libre me he venido á ver.
Ruy López, el castellano,
que tal traición cometió,
por justo derecho y ley
en desgracia de su rey
por sus delitos cayó.
De sus estados y hacienda
le despojo, á otros se den
que lo merezcan más bien;
y porque el dueño se entienda,
don Álvaro sólo hereda
los que en este papel van.

D. ALV. (Lee.) «De don Alvaro serán
Arcos, Arjona, Maqueda,
la aduana de Sevilla;
es conde, duque y marqués
de estos tres estados, y es
Condestable de Castilla.»

D. ALV. Inés, dame el parabién
de estos estados bien puedes.

D. ALV. Los cielos á tus mercedes
agradecimiento den.

¡Ah! desde la edad suprema
de aquel ave generosa,
que plumas de nieve y rosa
en ascuas de mirra quema;
la que cuna y tumba hace
dónde acaba y eterniza,
pues gusano, ave y ceniza,
muere, expira, vive y nace.
Pero, señor, yo no quiero
que las llamen ambiciones;
deja que gane blasones,
deja servirme primero.
En la guerra peleando,
ya venciendo, ya muriendo,
honras iré mereciendo,
mercedes iré ganando;
porque no escriban de mí
apasionadas historias
que sin sangre y sin victorias
tus favores recibí.

PABLILL. Aceta, bárbaro, aceta,

que es mucha descortesía.

D. ALV. (Ap.) ¡Oh, qué vana bazarria!
INFANTA. (Ap.) Acción gallarda y discreta.

REY. Ya que mercedes no quieres
sin que las ganes primero,
darte ese gusto quiero,
pues todo lo que soy eres.
¿Qué más fineza ha de ser
el desearte yo dar
que el pretender y estorbar
tú mi largueza y poder?

PABLILL. Basta, señor, las que llamas
finezas, y éste rompamos.

(Por el cofre.)

REY. Sí, abrir puedes, repartamos
las joyas entre las damas.
Para mi hermana ha de ser
la que sacáremos antes.

(Abren el cofre y sacan una disciplina.)

PABLILL. ¡Lindo ramal de diamantes!
¿Monja la queréis hacer?

REY. Para doña Elvira quiero
una joya.

PABLILL. (Saca un cilicio.) Y sea de fama.
¡Lindo moño para dama
de palacio! Lisonjero
es el señor cofrecillo.

¡Qué donosas bujeras
para estas señoras mías!
¡Caprichoso cabestrillo!
Su nombre ilustre no pierda.
Portocarrero ha de ser:
¿por qué la queréis hacer
doña Elvira de la Cerda?

(Saca una mortaja del cofre.)

REY. Que esta es mortaja imagino.

INFANTA. Joyas son estas de nombre.

REY. ¡Que esto tuviese tal hombre!

PABLILL. Entierro del Saladino
es este repartimiento
de joyas.

D. ALV. Todas son tales.

REY. ¿Qué son esos?

D. ALV. (Lee.) Memoriales
de pobres.

REY. Lástima siento:
cartas que yo le escribí
cuando en la guerra asistía
son estas; la letra es mía.
¡Don Alvaro, estoy sin mí!

D. ALV. ¿Pudo tener tal intento
quien puso en esto cuidados?

REY. (Lee.) «Memoriales de soldados:
mandas de mi testamento.»

«A mi hija doña María
aquestas joyas le dejo,
porque le sirvan de espejo
en que verse cada día.»

Estoy en llanto deshecho
viendo caso tan extraño.

Don Alvaro, aquí hay engaño.

D. ALV. Este secretario ha hecho
sin duda alguna traición,
y mal por bien ha pagado.

ESCENA XIV

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Señor, en Castilla ha entrado Alfonso, rey de Aragón: á librar su hermano viene con armas y gente.

REY. Vamos, porque al paso le salgamos. (Ap.) (Sin mí este caso me tiene.)

(Vanse.)

ESCENA XV

DON ALFONSO, rey de Aragón, SOLDADOS. Luego RUY LÓPEZ.

DON ALFONSO.

Suenen cajas de guerra, ya que pisamos enemiga tierra, y sepa el de Castilla que Alfonso el de Aragón tiene cuchilla, cuyo luciente acero al Africa venció y tembló primero. El Infante, mi hermano, saldrá de la prisión hoy por mi mano.

RUY LÓPEZ.

Rey de las islas deste mar Tirreno: rey don Alfonso de Aragón, atiende á un varón infeliz de agravios lleno, que agonizando, tu favor pretende. Este, de cuyo rostro al campo ameno un arroyo de lágrimas deciendo, ayer... ¡Ay, qué vejez sin culpa alguna, espectáculo vil de la fortuna! Esta espada que ahora es simple ornato; báculo y compañía destas canas, asombro fué del bélico aparato de las huestes inglesas y africanas. Por persuasión artera de un ingrato caí de las esferas soberanas á los senos profundos del abismo; que toda esta distancia hay de mí mismo. Por extranjeros reinos peregrino, Belisario español, aunque inocente, me lleva á la vejez ¡fuerte destino! enojo de mi rey, y rey prudente. El Condestable de Castilla vino huyendo, á tu valor, joven valiente; á nuevo rey, á nuevo sol renace el que á tus plantas generosas yace.

ALFONSO. Ruy López, el castellano; Condestable, levántate; que hombre que llaman *el bueno* en la tierra no ha de estar en mis brazos sí.

RUY. Señor, ¿pues vos mismo os humilláis para levantarme á mí?

D. ALF. Dichoso me han de llamar de ser vos tan desdichado, pues ya es fuerza que viváis en mi reino; y ¡vive Dios! (jurélo): no ha de faltar, que no volváis á Castilla, aunque el Rey, como leal,

y buen caballero, quiera haceros mercedes. Ya Nápoles ha de ser hoy, la gentil, quien os dará los títulos que en Castilla injustamente dejáis.

RUY. Dichosa fué mi desdicha: no es perder, sino medrar el huir al rey Alfonso del enojo de don Juan.

ESCENA XVI

DICHOS y HERRERA.

HERRERA. Dame albricias, dueño mío, el bueno, el santo, el leal, el que Castilla perdía, por sus pecados quizá.

RUY. Pues amigo ¿qué hay de nuevo?

HERRERA. Salí con el pleito ya.

RUY. La sentencia es esta: toma, que no quebró la verdad.

RUY. (Lee.) «Vistos los méritos y autos deste proceso, fallamos que debemos absolver y dar por libre de la culpa que se imputaba á don Ruy López de Avalos, *el Bueno*, Condestable de Castilla, y le declaramos por leal y felicísimo vasallo del Rey, nuestro señor. Y así mismo debemos condenar y condenamos á Juan García, su secretario, á ahorcar; y hacer cuartos, por autor de la falsedad y traición.»

Tres sentimientos á un tiempo, tres afectos en mí están peleando por salir, y hallando dificultad por competir y ser grandes. El primero es de abrazar al que es padre de mi honra: el segundo es la piedad del cuitadillo que muere con afrenta y pena tal, y el gozo de verme honrado. Pero ingrato no seáis, corazón; salga primero el afecto natural del amor que te he debido. Hijo, abrázame, que ya mi amor te engendra en mis brazos: mi hijo te has de llamar: ¿qué fuera de mí sin éste, gran señor?

D. ALF. Yo he de premiar su lealtad.

HERRERA. Yo he de servirte.

ESCENA XVII

DICHOS, un CRIADO. Luego el REY DON JUAN con su hermana y el INFANTE DE ARAGÓN.

CRIADO. Mucha luz y majestad en pocos años, te busca: el segundo rey don Juan,

con su hermana y el Infante ha llegado.

(Salen todos.)

REY DE C. Aquí nos trae, buscando, rey de Aragón, el amor, vuestra amistad.

D. ALF. A mí el amor de mis primos.

REY DE C. Yo, primo, vengo de paz.

D. ALF. Yo también sólo á pedille la mano á tu majestad y á su alteza.

INFANTA. Bien venido hoy á Castilla seáis.

D. ALF. Don Enrique. (A su hermano.)

INFANTA. Mi señor.

D. ALF. Con tan dulce libertad ¿qué prisión no ha sido libre?

RUY. No sé si osaré llegar á los pies de mi buen rey.

REY DE C. ¡Oh, Ruy López! ¿aquí estáis?

RUY. Señor, temí... no temí...

Llegué á pensar... no á pensar... Turbado estoy de miraros: tenéis un sol en la faz.

D. ALF. Yo, primo, para mis reinos, tenía necesidad de un consejero prudente, de un famoso capitán: la fortuna me ha traído á Ruy López.

REY DE C. Libre está, y así volverá conmigo.

D. ALF. Perdona tu majestad; juré de nunca dejarle.

REY DE C. ¿Y sus estados?

D. ALF. Ya están repartidos ¿quién lo duda?

y será dificultad quitarlos á quien se dieron. Tantos títulos tendrá en mi reino.

REY DE C. Desafortunada no ha sido más de trocar las suertes, pues de Castilla á Ruy López os lleváis, y á mí me deja Aragón al hombre más singular, á don Alvaro de Luna, en quien España verá que solamente el ser rey conmigo le ha de faltar.

D. ALF. Yo estimaré esta vejez.

REY DE C. Yo estimo esta mocedad.

D. ALF. Ruy López merece mucho.

REY DE C. Y este ha despreciado más.

D. ALF. Avalos tendrá mi reino.

REY DE C. Lunas, Castilla, tendrá.

D. ALF. Familias serán ilustres.

REY DE C. Pues desafortunada, en paz todo queda. Doña Elvira, mañana se casará con don Alvaro, y mi hermana al Infante le ha de dar la mano, pues della ha sido tan cortesano galán, y el ducado de Trujillo para dote se le da.

INFANTE. Sólo ese título ahora en arras debo aceptar.

REY. Aquí se queda suspensa esta historia, por dudar si hasta la segunda parte nuestras faltas perdonáis.